

finalidad, no sólo de ilustrar, sino también de clarificar y obtener una mejor comprensión del contenido doctrinal, incluye diferentes imágenes con un acertado tratamiento de presentación.

Juan Carlos GALENDE DÍAZ

---

Alexandra GILLESPIE y Daniel WAKELIN (eds.), *The Production of Books in England, 1350-1500*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013, 375 pp. ISBN: 978-1-107-68019-7.

Hace un cuarto de siglo, la Universidad de Cambridge auspició la publicación de “Book Production and Publishing in Britain, 1375-1475”, una colección de ensayos editada por el paleógrafo Jeremy Griffiths, ya fallecido, y el filólogo Derek Pearsall, que pronto pasaría a convertirse en todo un clásico historiográfico sobre la producción libraria en Inglaterra desde el siglo XIV hasta el momento en que la imprenta empezó a dar allí sus primeros pasos. Sin embargo, en el tiempo transcurrido desde la aparición de esta monografía, la Historia del Libro ha experimentado, como ámbito de estudio, no pocas transformaciones. Cambios en conceptos, enfoques y técnicas hacían necesaria una actualización del trabajo que en su día dirigieran Griffiths y Pearsall, una tarea nada sencilla que ha sido acometida por los profesores Alexandra Gillespie (University of Toronto) y Daniel Wakelin (University of Cambridge), en tanto que cabezas visibles de un equipo interdisciplinar formado por prestigiosos paleógrafos, codicólogos, filólogos e historiadores de la Literatura y del Arte, procedentes de algunas de las universidades más notorias del ámbito anglófono (Cambridge, Oxford, York, Duke, Birmingham, New York o Leicester, entre otras). Asimismo, en este nuevo proyecto, para el que también se ha contado con la participación del propio Derek Pearsall, han intervenido algunos acreditados especialistas europeos, como el reconocido Erik Kwakkel, activo codicólogo y paleógrafo de la Universidad de Leiden.

El esquema definido por los editores es claro, sencillo y atractivo. Contrariamente a lo que hicieron Griffiths y Pearsall en 1989, Alexandra Gillespie y Daniel Wakelin han preferido abordar los manuscritos más allá de su mero contenido textual, estudiándolos de manera integral. Por supuesto que su textualidad es importante, pero no lo son menos sus aspectos materiales y la forma en la que fueron concebidos y escriturados, o las redes económicas y comerciales en las que se integraron. A lo largo de trece capítulos temáticos, cada uno obra de un autor diferente, se analizan aspectos como las materias y soportes escriptorios, las particula-

ridades gráficas, la utilización de vocablos vernáculos, el diseño de la *impaginatio*, los programas decorativos, la tradición textual y la factura de las encuadernaciones. Pero también se ponen de manifiesto las innovaciones acaecidas en los procesos de creación libraria; se exponen los principales mecanismos de censura, tanto institucionales, como los puestos en práctica por los mismos autores medievales; y se trata de indagar en la presencia que los libros de factura inglesa pudieron llegar a tener fuera de las Islas Británicas.

A simple vista, la obra de los profesores Gillespie y Wakelin se articula a la manera de un “manual” clásico, pero esta percepción está muy alejada de la realidad. Los temas abordados, de acuerdo a los títulos elegidos para ellos, pueden parecer de corte general y, por tanto, superficiales. Lugares comunes, al fin y al cabo, entre ésta y otras monografías introductorias sobre Paleografía e Historia del Libro. Sin embargo, su lectura refleja justo lo contrario. La investigación llevada a cabo por cada uno de los autores a la hora de elaborar su contribución ha sido minuciosa, gracias al apoyo brindado, en muchos de los casos de manera indispensable, por las nuevas tecnologías. Y ninguno de ellos ahorra al lector los meticulosos detalles que ha ido desgranando de las fuentes que se han consultado y que les han servido para ejemplificar sus conclusiones. Aún así, a pesar de la profundidad con la que se abordan las diferentes temáticas, cada capítulo es un modelo de naturalidad y claridad expositiva. Todo ello, unido a un discurso tremendamente sugestivo, unas sorprendentes conclusiones y al equilibrio que impera en toda la obra, la convierten en una de las monografías más relevantes que, sobre la materia, se han publicado en los últimos años.

Tal vez el título de la obra induzca a pensar que su contenido solo interesará a quienes deseen conocer de manera específica la Historia del Libro en las Islas Británicas durante los siglos finales del medioevo, pero no debe olvidarse cómo la peculiar coyuntura de éstas con respecto al continente motivó el establecimiento y el trabajo esporádico en ellas de escribanos y copistas extranjeros, convirtiéndose sus universidades, desde época muy temprana, en verdaderos epicentros de la actividad de estos profesionales que venían de la Europa continental. De igual forma, ingleses, escoceses, irlandeses..., cruzaron el mar y llevaron consigo su estética y sus métodos de trabajo, y, en algunos casos, aprehendieron otras nuevas, como todos aquellos que empezaron a adoptar una hermosa escritura que, procedente de Italia y con el nombre de “*littera antiqua*”, empezaba a extenderse por el continente. La industria del libro trascendía fronteras y estaba al margen de conflictos bélicos (son conocidos los casos de copistas e iluminadores que, durante la Guerra de los Cien Años, sirvieron a patronos tanto ingleses, como franceses),

pero sí debió enfrentarse a no pocos desafíos, como los que se presentaron con la aparición de los primeros movimientos reformistas de la mano de John Wyclif (1320-1384), y experimentó numerosas innovaciones en períodos muy cortos de tiempo, en especial desde la introducción de la imprenta a partir de 1476. La fabricación de libros se fue convirtiendo, paulatinamente, en un ámbito cada vez más organizado y especializado, al menos desde el punto de vista comercial, en el que la imprenta fue monopolizando, poco a poco, la producción de textos vernáculos destinados a los mercados. Frente a ella, pervivían algunos copistas e iluminadores profesionales que, a la manera de los antiguos maestros y como una suerte de moderno “artesano”, seguían trabajando para ciertos particulares e instituciones que podían costear sus servicios.

Los libros ingleses, dentro del ámbito territorial anglófono, lejos de ser inocentes, se convirtieron en un importante vehículo de ideas anglocéntricas y de injerencia cultural, siendo, en algunos lugares como Irlanda, responsables del surgimiento y consolidación de modelos cívicos, administrativos y legales ingleses, además de contribuir a procesos de enfeudamiento político. Pero la vida de estos libros se extendió más allá de las propias fronteras británicas, teniendo cabida en múltiples bibliotecas europeas. No en vano, cuando en 1522 Hernando Colón viajó a Londres, adquirió para la suya cerca de doscientos volúmenes que seleccionó personalmente con todo cuidado y esmero.

Aunque los modernos archivos y bibliotecas donde se conserven estos antiguos manuscritos e impresos inviten a pensar lo contrario, nunca debe obviarse la inestabilidad que pudo haber marcado su existencia. En definitiva y a modo de conclusión, no puedo más que hacerme eco de la reflexión con la que el paleógrafo David Rundle resuelve su contribución en esta magnífica obra: dejando a un lado aquellos volúmenes escritos en lengua inglesa, confeccionados con materiales ingleses y que nunca han salido de Inglaterra, ¿cuántos “libros ingleses” se estarán desestimando por utilizar esta categorización tan exclusivista? Espero que el trabajo de todos estos autores sirva para acercar al continente un inmenso patrimonio documental que, por desgracia, continúa siendo minusvalorado.

Bárbara SANTIAGO MEDINA

---

Liborio HERNÁNDEZ GUERRA, *Los libertos de la Hispania romana. Situación jurídica, promoción social y modos de vida*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2013, 206 pp.. ISBN 978-84-9012-249-5.